

## ESTADOS UNIDOS Y AFRICA. ALGUNAS PREMISAS E IMPLICACIONES

«Yo respeto el anticolonialismo del espíritu solitario; yo me siento justamente anticolonialista en el ejercicio de la reflexión, de la meditación; pero el anticolonialismo de las grandes colectividades—de las colectividades nacionales, por ejemplo—me inspira una infinita desconfianza.»

(GEORGES DUHAMEL: *Problèmes de l'heure*, París, Mercure de France, 1959, pág. 212.)

### I.—EL INICIO DEL INTERÉS ESTADOUNIDENSE POR AFRICA

#### 1. *El ejemplo de Liberia.*

No se descubre nada con consignar que el origen del *interés americano* en Africa fué el establecimiento, en 1821, en la Costa de Guinea—en Liberia—, por la *American Colonization Society*, con asistencia de la Armada de los Estados Unidos, de una colonia de negros liberados.

Teniendo en cuenta esta realidad, no estará de más hacer referencia—en mínima abreviatura—a la trayectoria de la vinculación U. S. A.-Liberia<sup>1</sup>. Siempre cabe extraer algún aleccionamiento para el presente.

Teóricamente, la Sociedad y el Gobierno de los Estados Unidos tenían distintas funciones: una tutelar, otra protectora. Pero los agentes de una y de otro trabajaron juntos y, frecuentemente, las funciones de ambos caían en una misma persona.

El caso es que esta zona ocupó una anómala posición en Africa: en sí, no era un Estado soberano y, por otro lado, los Estados Unidos no asumían un *formal* Protectorado sobre el país.

Así, a fin de asegurarse un puesto regular en la Sociedad internacional, declaróse una República en Liberia en 1847. Y, aunque los Estados Unidos

---

<sup>1</sup> Vid. Samuel FLAGG BEMIS: *The United States as a World Power. A Diplomatic History 1900-1950*, Nueva York, Holt, 1950, págs. 102-104 y 118-120.

nunca admitieron que existía un Protectorado, manifestaron un benévolo y activo interés en la perpetuación de la independencia de Liberia.

En 1880, el Departamento de Estado se mostraba dispuesto a mantener que existían “relaciones peculiares” entre Liberia y los Estados Unidos, y que estaban preparados para dar todos los pasos necesarios con el objeto de mantenerlas. En 1899, el secretario Hay declaraba que la posición estadounidense, “con referencia a los ciudadanos de Liberia, es tal que no podría ser justificada mirando con indiferencia cualquier tentativa para oprimirlos o para privarlos de su independencia”. Y cuando Alemania amenazaba con intervenir en Liberia, Hay resaltó la “grave inquietud” que tendrían los Estados Unidos en cualquier amenaza a la libertad o la independencia de la República africana...

Fué el Gobierno liberiano, temeroso de ver absorbido su territorio por la Gran Bretaña y Francia, el que, en 1908, envió una Comisión a los Estados Unidos para solicitar un Tratado que garantizase la independencia y la integridad territorial de la República. Una política incompetente y una mala administración en las finanzas invitaban a la intervención extranjera.

El presidente Roosevelt envió una Comisión de Investigación, que recomendó el establecimiento de un Protectorado similar al impuesto en la República Dominicana. Con no poca prudencia, los Estados Unidos declinaron la idea de Protectorado. En su lugar, cooperaron con una Comisión internacional, que ayudó al enderezamiento de los asuntos financieros y al fortalecimiento de su *condición* interna, con un ciudadano americano como consejero financiero.

En 1926, la *Firestone Tire and Rubber Company* contratava con el Gobierno de Liberia el arriendo de un millón de acres para plantación cauchera y un préstamo al 7 por 100 para *refundir* la deuda e iniciar un programa de obras públicas bajo la supervisión del consejero financiero americano y un núcleo de asistentes y expertos. La gran *depresión* económica, aparte de otros puntos, impidió llevar a cabo tal programa.

En el período 1930-1935, los Estados Unidos suspendieron las relaciones diplomáticas formales con Liberia. Washington cooperó con el Consejo de la Sociedad de las Naciones en largas y complicadas negociaciones enderezadas a colocar al Gobierno de Liberia bajo un consejero responsable únicamente ante el Consejo. Todo esto parecía marchar hacia una especie de

mandato del Consejo de la Sociedad de las Naciones sobre Liberia, cuando el plan fué rechazado por ésta en 1934.

El nuevo Gobierno liberiano, el del presidente Edwin Barclay, se reconoció por Washington en 1935. El Gobierno de este país africano llegaba a un Acuerdo de ajuste del contrato con la *Firestone*.

Durante la segunda guerra mundial, Liberia desempeñó un destacado papel en la lucha, a causa de su posición geográfica. Se puso bajo la protección estadounidense por la duración de la contienda (*Executive Agreement* de 31 de marzo de 1942); se convirtió en miembro de las Naciones Unidas, adhiriéndose a la Declaración de 1 de enero de 1942 y, también, a la Carta del Atlántico; disfrutó del *lend-lease* y de otras formas de asistencia yanqui; declaró la guerra a Alemania y al Japón (el 27 de enero de 1944), y sirvió como una base militar valiosa para el transporte del personal americano y suministros por aire y por mar a los frentes norteafricano, europeo y asiático (*Executive Agreements* de 8 de junio y de 31 de diciembre de 1943).

En enero de 1943 el presidente Roosevelt visitaba al presidente Barclay, en Monrovia. Y el presidente liberiano devolvía la visita, como huésped de la Casa Blanca, en mayo del mismo año.

Y conviene precisar que, al iniciar *oficialmente* sus tareas el Programa del Punto Cuarto, el 29 de noviembre de 1950, el primer país africano que recibía la atención era Liberia (con el Acuerdo de asistencia técnica de 21 de diciembre de ese año)<sup>2</sup>.

## 2. Otros índices.

El lector conocerá que no todo concluye en el interés de los Estados Unidos por Liberia<sup>3</sup>. Citemos, en el siglo XIX, la participación norteamericana en la Conferencia de Madrid (ratificando la Convención de Madrid),

<sup>2</sup> Mencionemos asimismo el Acuerdo de cooperación entre el Gobierno de Washington y el Gobierno de Monrovia (8 julio 1959). Vid. «Le Monde», 12 septiembre 1959, pág. 3. Para otros pormenores sobre la política de Washington en Liberia, vid. R. W. BIXLEV: *The Foreign Policy of the United States in Liberia*, Nueva York, Pageant Press, 1957, 143 págs., etc.

<sup>3</sup> Otros esclarecimientos acerca del tema *U.S.A. ante el Africa Negra* pueden encontrarse en P. DUTRUT-EMPIS: *Les Etats-Unis face à l'Afrique Noire*, «Les Etudes Américaines», París, número 42, 28 págs.

y en la Conferencia de Berlín (Washington nunca ratificó el Acta de Berlín), y, en la actual centuria, la política de compromiso sugerida, a la postre, por Roosevelt en la Conferencia de Algeciras.

Aparte, más cerca de nosotros, citemos la amistad con Etiopía, y la política atómica de Washington y el Congo belga<sup>4</sup>.

## II.—VARIADOS RASGOS DE LA ATENCIÓN AMERICANA HACIA AFRICA

### 1. *La definición de una política "africana" por los Estados Unidos.*

¿Cuál debe ser la política americana respecto al Africa nueva?, preguntaba Robert Coughland en *Life* del 2 de febrero de 1959.

El asunto bien merece un poco de meditación.

*Literalmente, Africa está en llamas*, aseguraba Oliveira Salazar en la primavera de 1959 (en su discurso ante los presidentes de las Comisiones de Distrito de la Unión Nacional, el 23 de mayo). "¿Y por qué está en llamas Africa?", preguntaba el presidente del Consejo de Portugal. Recojamos su respuesta: "No pensemos que ello sea debido a una combustión interna; es decir, en virtud de un movimiento básico fatal que incitaría a sus poblaciones a la rebelión, a la subversión, a la secesión y a la independencia. Ella está en llamas porque se ha encendido el fuego desde el exterior."

En esta coyuntura—de *Africa, complemento de Europa*—, Oliveira Salazar deploraba la posición de los Estados Unidos. Citemos sus palabras: "Es lamentable que, teniendo Rusia y varios Estados asiáticos una política africana, los Estados Unidos no se hayan encontrado en condiciones de definir la suya claramente, ya que no es una política el seguir los acontecimientos. Una política consiste en evitarlos o en dirigirlos."

Y precisaba su argumentación con plena nitidez: "Esta definición—en el caso de que ella no fuese contra los intereses de la Europa Occidental, de la que América es aliada—, sería, por sí misma, un factor de apaciguamiento en el Continente africano. Es posible que, definiendo esa política,

---

<sup>4</sup> Utilísima en verdad puede resultar la consulta del estudio de J. GUS LIEBENOW: *United States Policy in Africa South of the Sahara*, en «American Diplomacy in a New Era», University of Notre Dame Press, 1961, págs. 236-269.

los Estados Unidos llegasen a desagradar a algunos. Yo añadiré que para los pueblos, como para los individuos, hay momentos en la vida en que es preciso escoger”<sup>5</sup>.

\* \* \*

De hecho, el Departamento de Estado ha concebido y desarrollado su política africana en función de la de la Unión Soviética. Y si es exacto que los Estados Unidos se felicitan de la ascensión de los pueblos africanos a la independencia, esto es en razón de que su mayor preocupación consiste en mantener a Africa apartada de la *tentación comunista*.

El 14 de marzo de 1956, Henry Cabot Lodge—delegado de los Estados Unidos en la O. N. U.—declaraba, a su regreso de un viaje por Africa y Europa, que “Rusia hace un serio esfuerzo para establecerse en Africa”<sup>6</sup> “Pero—añadía—nosotros afrontaremos este peligro con la mayor energía.”

El 21 de abril de ese año, George Allen—secretario adjunto de Estado, y encargado de Asuntos de Africa—afirmaba, ante la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, que “los Estados Unidos deben emplear toda su influencia para que la transformación política de Africa se verifique por evolución y no por la violencia de la revolución”. El comunismo—aclara—explota cínicamente las pasiones de la rebeldía con el único objeto de fomentar la inestabilidad, el caos y la revolución para permitir a una pequeña minoría bien organizada el acceso al poder.

Aún más: en el comunicado final de las conversaciones Foster Dulles—Paulo Cunha se anotaba “la interdependencia de Africa y del mundo occidental” (finales de 1955).

El viaje emprendido por el vicepresidente Nixon en la primavera de 1957 marcaba un *tournant* en la política de Washington hacia el Continente Negro. Valórense en su real sentido las opiniones que Nixon vertía en un Informe destinado al presidente Eisenhower<sup>6</sup>: “Africa es hoy la re-

<sup>5</sup> Vid. otros detalles en Hans J. MORGENTHAU: *The Decline of America. II. The Decline of American Government*, «The New Republic», Washington, 16 diciembre 1957, pág. 10, c. 2; y Jean DANIEL: *Un étranger à New York*, «Preuves», París, septiembre 1959, pág. 18.

<sup>6</sup> Cons. Pierre CHATEAUVIEUX: *Les rapport Nixon et la défense de l'Afrique*, «Revue de Défense Nationale», París, junio 1957, págs. 911-921. («Brevemente, puede decirse que América ha pasado del estadio donde no se interesaba por Africa más que bajo el ángulo económico: pronto va a tratarla a la escala diplomática»: pág. 913.)

*gión del mundo que se transforma más rápidamente. Africa revela ser una de las grandes fuerzas del mundo actual. La evolución de su desenvolvimiento—en el momento en que su población continúa liberándose del estatus colonial y asumiendo las responsabilidades de la independencia y del gobierno autónomo—bien podría constituir el factor decisivo en el conflicto entre las fuerzas de la libertad y el comunismo internacional... Africa constituye un objetivo prioritario para el movimiento comunista internacional... Los dirigentes comunistas consideran al Africa de nuestra hora de tanta importancia, para sus propósitos de conquista mundial, como lo era China hace veinticinco años. Por consiguiente, ellos preparan una ofensiva de propaganda diplomática y económica en todas las partes de este Continente. Ellos tratan desesperadamente de convencer a los pueblos africanos de que sostienen con mayor vigor que los estadounidenses sus aspiraciones naturales a la independencia, la igualdad y el progreso económico”<sup>7</sup>.*

Y la importancia de Africa se reflejaba en los cambios introducidos en el Departamento de Estado. En 1956 se creaba en este Ministerio una nueva Subdivisión encargada de las cuestiones africanas. En 1958 Africa alcanzaba su real relieve con el nombramiento de un secretario adjunto de Estado para los Asuntos Africanos.

¿Objeto de tal actitud de los medios gubernamentales estadounidenses?

Una finalidad: “evitar la repetición en Africa de lo que ha ocurrido en Asia”. Otra explicación: “las fuertes presiones comerciales ejercidas sobre el Congreso de los Estados Unidos para proteger el futuro de las crecientes inversiones de Norteamérica en Africa”. Aquí es de mentar, de pasada, la política americana de las materias estratégicas, sobre la cual han reflexionado acremente autores como Mamadou Dia.

En fin, un corolario de todo lo antedicho puede ser la filosofía esgrimida—en 1956—por Chester Bowles: Teniendo en cuenta la inevitabilidad de la autodeterminación africana, será preciso que los aliados de los Estados Unidos reconozcan el derecho de Washington “no sólo a hablar de los problemas africanos, sino también a actuar”. ¿Se entra en la medula de estas aseveraciones, “justificación” de posteriores posturas?

---

<sup>7</sup> «Las necesidades y las esperanzas de Africa deberán retener seriamente la atención del resto del mundo y, en particular, de las grandes Potencias», indicaba el comunicado conjunto de las entrevistas Sékou Touré-Eisenhower. Vid. «Le Monde», 30 octubre 1959, pág. 3, c. 4.

## 2. Los estudios africanos.

Pero la elaboración y la aplicación de la política extranjera presenta —en un régimen democrático— problemas cada vez más difíciles de resolver.

Así se deduce de la decisión tomada, en enero de 1958, por el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos, en el sentido de proceder a un estudio de conjunto sobre la situación del mundo en 1960, sobre las tendencias manifestadas en él y sobre las políticas y los programas a adoptar por Washington.

Aprobada tal medida por el Senado, el 31 de julio de ese año, y una vez obtenidos por el Comité los recursos necesarios, éste contrataba con Institutos de Investigación la redacción de informes—sencillos y completos, a la vez—encaminados a ofrecer al Senado y a la opinión pública de Norteamérica los elementos necesarios para hacerse una idea de los objetivos de la política de Washington en el mundo actual y de la estructura de este mundo y de las fuerzas actuantes en él.

Tal empresa daba origen a una serie de estudios acerca de las regiones o de los problemas considerados como más vitales para los Estados Unidos.

Pues bien; uno de esos documentos se refería a África<sup>8</sup>. Tal informe, debido al Centro de Estudios Africanos de la *Northwestern University*—y, ante todo, a su director, el profesor Melville J. Herskovits—, resaltaba cómo los africanos tienen la voluntad de permanecer fuera de la *guerra fría* y de hacer reconocer y respetar su personalidad. El *report* recomendaba, entre otras cosas, lo siguiente: 1. Los Estados Unidos deben partir del principio de que los africanos gobernarán próximamente todos los países al Sur del Sahara. 2. La política estadounidense debe ser positiva y elaborar los programas de ayuda en función de las necesidades africanas y no en razón de las peripecias de la *guerra fría*. 3. Washington debe reconocer y aceptar la política de *non-engagement* defendida o aplicada por los africanos. 4. Han de verse con simpatía los esfuerzos enderezados a crear

<sup>8</sup> Vid. *U. S. Foreign Policy in Africa. Program of African Studies*, Evanston, Illinois, págs. 13, 14, 16, etc. El *rapport* está lleno de justas anotaciones. Pero admitido esto, concedamos—paralelamente—que algunos puntos eran tratados en forma insatisfactoria o insuficiente (v. gr.: el problema de las inversiones privadas americanas y el de las materias primas, el panafricanismo, etc.), o de una manera demasiado general (por ejemplo, las proposiciones relativas a la ayuda económica y sus modalidades).

asociaciones de Estados africanos aptas para crear la estabilidad política y económica. 5. Se preconiza la aplicación de diversas medidas en el terreno de la asistencia técnica y de la ayuda económica, considerándose una estrecha cooperación—comparable a la realizada por el Plan de Colombo—entre los países del Africa subsahariana, la Comunidad Económica Europea, la *Commonwealth*, los Estados Unidos y otras naciones.

Con eso, estamos ante el problema de la formulación de planes de estudio.

Lo cierto es que los estadounidenses se daban cuenta de que su interés por Africa era mayor que su conocimiento de los problemas africanos. Y sistemáticamente se ponían al estudio del Continente Negro.

Subrayemos que hace una docena de años, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, en un volumen dedicado a Africa, ponía de relieve las dificultades y los problemas africanos. Considerando la contribución del Continente Negro a la crisis político-económico-social del mundo presente, advertía que los signos más impresionantes de ella eran los consignados a continuación: a) un crecimiento nacionalismo; b) el entusiasmo de las juventudes, de las libertades juveniles, a la ventura; c) una aceleración causada por la guerra—de un progreso evolucionario hacia un proceso potencialmente revolucionario; d) una oportunidad para el comunismo de pescar en aguas revueltas...

Pero había más: Harry J. Krould, jefe de la División de Asuntos Europeos de la *Library of Congress*, apuntaba las siguientes conclusiones: “La falta de comunicaciones, la dificultad de acceso y la gran diversidad de estadios de desarrollo permiten que las barreras continúen incommovibles, que las regiones de un mismo Continente, unidas geográficamente, permanezcan en su desemejanza, tanto política y económicamente como culturalmente.”

Ciertamente, problemas y grandes. Era lo que revelaba la Conferencia celebrada en la *Johns Hopkins University*, en la cual profesores americanos y británicos eran invitados a tratar los temas siguientes: la posición de Africa en los asuntos internacionales; la herencia de Africa; el resurgimiento político y social; los recientes acontecimientos políticos; la economía y el futuro de Africa; Estados Unidos y Africa... Y ello daría pie a un *digest* titulado *Africa Today*, editado por Groves Haines (Baltimore, 1955, 510 páginas). Otro testimonio donde podrían descubrirse los imperativos de la política americana y lo que representaba Africa para los Es-

tados Unidos era el volumen *The USA and Africa*, publicado por la Columbia University en 1958 (252 páginas)<sup>9</sup>.

Por esas fechas, los Servicios de Información de la Embajada de Francia en Washington registraban el constante crecimiento de la media anual de obras publicadas en los Estados Unidos sobre África. En 1945-1947, una media de 6,3 libros. En 1948-1950, 9. En 1951-1953, 11. En 1954-1956, 30. En 1956, 52 volúmenes.

A eso se unía una pareja labor universitaria y académica.

Antes de la guerra 1939-1945, una sola Universidad—la *Northwestern University*, en Illinois—había establecido un casi monopolio de los estudios africanos, gracias, en particular, al eminente profesor Melville J. Herskovits.

Después, las Fundaciones Ford y Carnegie financiaban ciclos de estudios *interdisciplinas*. Se levantaban Centros de estudios africanos, destacándose la Universidad de Boston, con una división africana; la *Northwestern University*, con su programa africano, y la *School of Advanced International Studies*, de la *Johns Hopkins University*. El *Twentieth Century Fund* fijaba su atención en África. Lo mismo que el Instituto de Tecnología de Massachusetts...

### 3. *La política de Kennedy.*

Una vez elegido Kennedy como presidente, su primer gesto era designar un secretario adjunto de Estado para los asuntos africanos, Mennen Williams<sup>10</sup>. Igualmente, tomó el cuidado de nombrar como jefes de misión

<sup>9</sup> Vid. también: W. FITZGERALD: *Africa: A Social, Economic and Political Geography of its Major Regions*, Nueva York, Dutton, 1949, sexta edición, 499 págs.; G. E. HAYNES: *Africa: Continent of the Future*, Nueva York, Association Press, 1950, 516 págs.; C. M. STILLMAN, editor: *Africa in the Modern World*, University of Chicago Press, 1956, X + 342 págs.; T. W. WALLBANK: *Contemporary Africa, Continent in Transition*, Van Nostrand, 1956, 192 págs.; Chester BOWLES: *Africa's Challenge to America*, University of California Press, 1956, XIII + 134 págs.; etc.

<sup>10</sup> La conciencia estadounidense de las realidades africanas se comprobará diciendo que en abril de 1961 los U. S. A. tenían en África 25 Embajadas, 20 Consulados y más de 40 misiones de la U. S. I. A., etc.; que Washington apoyaba las operaciones de las N. U. en el Congo; que en marzo de 1961 Adlai Stevenson se mostraba favorable a las investigaciones de la O. N. U. en Angola (frente a la posición del pasado en que los Estados Unidos se habían abstenido de votar para no irritar a su aliado de la O. T. A. N.); etc. Vid. LIEBENOW, art. cit. ant., pág. 269.

en Africa (y en Asia y en Iberoamérica) a personalidades escogidas entre los hombres del ala izquierda del Partido Demócrata o conocidos por sus simpatías hacia los países o los dirigentes implicados en esos nombramientos<sup>11</sup>. Y, una vez alcanzada la independencia argelina, Kennedy encargaba a Mennen Williams una serie de viajes a través del Continente africano, a fin de confirmar a los Gobiernos independientes de Africa que los Estados Unidos habían sido ganados a la causa del anticolonialismo y del derecho de los pueblos a la autodeterminación. Y en el espacio de tres años los jefes de Estado africanos desfilaban por Washington (desde Burguiba a Haile Selassié, pasando por Senghor).

Conviene advertir que el aspecto más significativo de la política exterior de Kennedy era el cambio de la actitud americana clásica respecto al no-alineamiento. Ya no se trataba de la condena del neutralismo... Lo cual no impedía fijar la atención sobre los países africanos que por sus tendencias políticas parecían menos alejados del Occidente. Dos de éstos eran elegidos como Estados-pilotos para un programa de ayuda a largo plazo (Túnez y Nigeria).

### III.—HACIA UNA "NUEVA" POLÍTICA

#### 1. *Una nueva política de ayuda.*

En primer lugar, recordemos cómo en el *report* del grupo Clay se recomendaba que los Estados Unidos, una vez cumplidos sus compromisos respecto a Nigeria, Tanganyka y Túnez, se contenten con tomar parte en programas de ayuda multilateral con la participación de los países de la Europa Occidental. En lo referente a los países africanos donde los estadounidenses mantienen bases, el informe prevé una continuación de la ayuda americana bajo la forma de excedentes agrícolas y también bajo la forma de financiamiento de proyectos específicos de desarrollo. El Congo-Leopoldville merece una particular atención de la Comisión. Los redactores del mencionado documento piensan que "los Estados Unidos deberían intentar elevar al máximo la asistencia económica procedente de otras naciones... y que la contribución americana no debería superar la mitad del total de la

<sup>11</sup> Cfr. S. MALLEY: *Les 1000 jours de Kennedy*, «Jeune Afrique», Túnez, 2-8 diciembre 1963, págs. 10-11.

ayuda económica ofrecida durante los muy próximos años. Después de lo cual convendría cesar en la asistencia económica—salvo por los medios clásicos—a este país, potencialmente rico”.

Resumiendo, el *Continente africano es entrevisto como una zona donde los Estados de la Europa Occidental deben, lógicamente, llevar la mayor parte del peso de la necesaria ayuda*. Pues una faceta del informe comentado es el poner de relieve la necesidad de la participación de las renacientes naciones de la Europa Occidental, del Japón y del Canadá en el esfuerzo de asistencia a los países menos desarrollados.

## 2. ¿Nueva base dialéctica?

Por supuesto, la puesta en juego es difícil. Washington ha de saber moverse con inteligencia y firmeza.

Por un lado, la mayoría de los estadounidenses tienen de Africa una visión deformada. No es suya la culpa. Las malas noticias tienen mayores rótulos, en los diarios, que las buenas: trastornos en el Congo, desórdenes raciales en Africa del Sur, infiltración comunista un poco por todas partes... Y en los Estados Unidos surge la interrogación de si el Continente Negro verá algún día la libertad y el progreso.

Empero, por otro lado, junto a las aprensiones de la opinión pública, el Gobierno parece insertarse en una postura de optimismo.

Por lo pronto—en el horizonte inmediato—, los sucesos de Cuba favorecían a Washington. La prueba de que la República de Fidel Castro se había convertido, de hecho, en un satélite soviético, decepcionaba a la opinión pública africana (Etiopía). Se estimaba que el Gobierno de La Habana había incurrido en un grave error al permitir la instalación de bases soviéticas en su país (Egipto). Etc.)<sup>12</sup>.

Y todavía más: el análisis de los errores de la política comunista en Africa sirve a los americanos para formular los principios de *lo que no debe hacer Washington*, si quiere la amistad con los africanos.

Esto lo ha realizado, por ejemplo, un diplomático estadounidense: William Attwood. Este ha sido redactor de la revista *Look*, colaborador de Stevenson y de Chester Bowles y embajador de los Estados Unidos en Guinea.

<sup>12</sup> Para otros detalles, vid. «Jeune Afrique», 17-23 diciembre 1962, pág. 8.

Pues bien; en un informe dirigido a su Gobierno, Mr. Attwood ha expuesto lo que considera los errores soviéticos en el Continente africano. Elaborado como artículo, el trabajo era publicado en la revista estadounidense *This Week*.

A juicio de este funcionario estadounidense, los soviéticos, y sus satélites, han cometido cinco grandes faltas en sus relaciones con los africanos. Resumidas, son éstas:

1.<sup>a</sup> Subestimación del nacionalismo africano y de su sutileza política. (Aunque los rusos pretenden que el neutralismo y la independencia nacional son sostenidos por ellos, su sistema no puede tolerar la desviación de la doctrina de Lenin.)

2.<sup>a</sup> Frecuente olvido de las necesidades esenciales de una nación, en beneficio de proyectos espectaculares, fundados sobre consideraciones políticas.

3.<sup>a</sup> Intentos de asegurar el control de las economías de los jóvenes Estados africanos, con el ofrecimiento de condiciones de cambio aparentemente seductoras.

4.<sup>a</sup> Desconocimiento, o mal conocimiento, de *lo africano* por parte de los técnicos enviados por la U. R. S. S. y los países del Este de Europa. (Destacándose la impermeabilidad de su manera de pensar y cómo su actitud—una mezcla de mal humor y de indiferencia—provoca la irritación de los africanos, a quienes gusta que los extranjeros sean amistosos y *détendus*.)

5.<sup>a</sup> El fracaso de las tentativas soviéticas de atraerse a los jóvenes africanos hacia la causa moscovita, por medio de becas en los países comunistas<sup>13</sup>. (Contrariamente a los deseos comunistas, los africanos han sufrido de discriminación racial, se han quejado de las largas horas dedicadas a su adoctrinamiento político, etc.)

\* \* \*

Ahora bien; el mismo Attwood reconoce—y con esto entramos en otro perfil de la cuestión—cómo no puede esperarse que los comunistas—con

---

<sup>13</sup> Vid. los incidentes de los estudiantes africanos en Sofía (1963), etc.

su capacidad de considerar la historia a largo plazo—abandonen el campo. Nada de eso.

Recientemente, en mensaje dirigido al presidente de la quinta reunión de la Comisión Económica de la O. N. U. para Africa (Léopoldville, febrero-marzo 1963), Jruschev evidenciaba su interés por los pueblos de Africa. En tal ocasión, el jerarca soviético aseguraba: “El desarrollo económico de los Estados africanos depende de la consolidación de la paz, de la completa supresión de todas las formas de colonialismo, antiguas o nuevas. *Los países y los pueblos de Africa pueden estar seguros de que la Unión Soviética continuará, como en el pasado, luchando con ellos para llevar a buen término empresas como ésta de vital importancia para toda la Humanidad...*” Y aún agregaba: “*El Gobierno y el pueblo soviético consideran a los Estados del Continente africano como fuerza poderosa en la lucha por la paz entre los pueblos, para eliminación de la tensión internacional.*”

\* \* \*

Con todo, los norteamericanos comprenden que la tarea actual de Washington es intensificar los esfuerzos para ayudar a los africanos—de modo práctico y útil—en el desarrollo de sus respectivos países. Pensamiento aparecido en *Jeune Afrique* de 20-26 de mayo de 1963.

\* \* \*

Pues bien: la Administración Johnson parece ir a la drástica reducción de los créditos de la ayuda al extranjero. Los cambios previstos son: a) limitación de la ayuda militar a los países situados en la periferia del mundo comunista (de Grecia a Corea); b) Iberoamérica y *Africa* no recibirán más que 90 millones de dólares de ayuda militar; c) la ayuda al desarrollo económico se concentrará sobre un pequeño número de países: India, Pakistán, Turquía, *Nigeria* y naciones iberoamericanas (entre las que se producirá una selección).

Importa consignar cómo en 1964-1965 *Nigeria* será el Estado que recibirá lo esencial de la ayuda estadounidense a Africa. Tal es el sentido de las recientes declaraciones hechas en el Senado norteamericano por el subsecretario de Estado, George Ball. La razón dada es que ese Estado afri-

cano constituye el único país del Continente Negro con bases políticas realmente estables. Aquellas naciones que reciben una ayuda "à longue échelle"—Túnez, por ejemplo—, continuarán gozando de ella, sin más. Para el resto de los países africanos, la ayuda será simbólica—salvo casos excepcionales—.

Los diplomáticos africanos en Washington estiman que si los Estados Unidos quieren centrar su política africana alrededor de Nigeria, se ha de atribuir a la esperanza estadounidense de que Lagos seguirá desempeñando su papel esencialmente moderador en el Continente africano, tanto respecto a los problemas coloniales como a los intereses occidentales.

Por lo demás, un reciente Informe sometido por el Departamento de Estado al Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes denuncia a los países *rojos* de Africa.

En tal documento se afirma, por ejemplo, que Argelia está marcada por una influencia *pro-comunista* y que sus relaciones con Pekín, La Habana y Moscú parecen hacer presagiar una creciente dependencia respecto al mundo comunista.

Las referencias también llegaban al Malí, a Ghana, a Zanzíbar y al "Gobierno" angolés de Roberto Holden. Detalle significativo: el *rapport* silencia los casos de Guinea y de la R. A. U. (dos de los Estados africanos que son objeto de las más vivas denuncias públicas en los Estados Unidos).

¿Razones de tal documento?

El embajador argelino en Washington sostenía que con esta política los americanos parecen tratar de aislar a determinados Estados africanos, a fin de oponerlos a otros países africanos en un contexto de *guerra fría*, sin tener en cuenta los principios de independencia y de dignidad que guían la política exterior de estos Estados y sin tener en cuenta sus compromisos hacia la Carta de la O. U. A.

Por otro lado, dícese que dando a la publicidad ese *repport* algunos altos funcionarios americanos han tratado de bloquear todo programa de ayuda a Argelia. (Contrariamente a las recomendaciones hechas por el embajador americano Porter en el curso de un viaje a Washington.) Así se crea una corriente hostil al Gobierno argelino en el seno del Congreso estadounidense.

Y no faltan otras posturas procedentes de otras fuentes americanas.

Por ejemplo, asegúrase que la inclusión de las referencias a Argelia habían sido combatidas por la Sección norteafricana del Departamento de Estado, mientras eran apoyadas por la Sección europea. Y esto con un objetivo: poner dificultades a De Gaulle más que a Ben Bella. Obsérvese que el general-presidente da la impresión de considerar a Argelia como la *plaque tournante* de su política para el *tercer mundo* y que esta política tendrá éxito o fracasará en la medida en que tenga éxito o fracase la política argelina. Y ciertos *policy-makers* americanos habrían concluido en que criticando la política de Ben Bella le obligarían a tomar decisiones extremistas susceptibles de quebrantar las relaciones franco-argelinas...

Y, si bien en este Informe no se alude a Egipto, la realidad es que, en este año, el clima ha cambiado para la R. A. U. El ministro egipcio de Economía—Kayssuni—se encontraba con una negativa de Washington. Era informado de que, en razón de la sustancial reducción de los créditos americanos para el Oriente Medio—una amputación de unos 140 millones de dólares—, estaba en estudio una revisión global del programa de ayuda a la R. A. U. y que este hecho nuevo se añadía a ciertos aspectos de la política exterior egipcia (una muestra: el problema del Yemen).

No obstante, se pone la esperanza en que tal postura estadounidense sea una “posición provisional” basada en las exigencias electorales de los Estados Unidos (preocupación demócrata de *apaciguar* al electorado judío). Lo cual permitirá el restablecimiento de la ayuda americana que en un trienio ha pasado de 500 millones de dólares.

\* \* \*

Por el momento, las relaciones de Washington con Africa cabe resumirlas en unas cuantas palabras: los Estados Unidos deben tratar de ser *firmes*, *amistosos*, *francos* y *rápidos*. Al menos, ésta es la posición del citado Attwood.

Explicemos esa valoración. Los Estados Unidos han de ser *firmes* en sus compromisos para asegurar la libertad en Africa; *amistosos* y *francos* en sus contactos con los dirigentes africanos; y *rápidos* en realizar sus promesas de proporcionar una ayuda que se revela como algo absolutamente urgente.

### 3. *Estados Unidos, Africa y Europa.*

Sin embargo, téngase bien presente que en la ayuda contra el subdesarrollo se impone un *sentido humano*. Por tanto, los Estados ricos tienen ante ellos una tarea bien ardua: saber dar con dignidad, sin herir a quien recibe y, consiguientemente, sin provocar odio. La discreción de rigor se encuentra en quien estima los valores espirituales del pueblo pobre y conoce—y reconoce—su propia relatividad. Mentes despiertas coinciden en tal estimativa.

En resumen, ayuda con un tono específico: no únicamente por quien aspira a su propia perfección, sino asimismo por quien no busca más que el cumplimiento mínimo del deber (*Hendrickx*). La *Mater et Magistra* señala netamente que se trata de un deber imperativo de la ética cristiana de nuestra época. Tarea, empero, capaz de afrontarse también bajo idénticos principios por los no cristianos, siempre que sean verdaderos humanistas.

Strachey lo ha expresado correctamente: “En verdad, no hay más que una sola razón determinante para ayudar a los pueblos del mundo subdesarrollado: la de hacer bien. Esto es: bien, moralmente. Las naciones del Oeste están hoy en la imperiosa obligación moral de utilizar una parte de sus vastos recursos para ayudar a los pueblos que todavía viven y mueren entre las privaciones. Si el bien no se halla ahí, ¿dónde se halla?”

En suma, según hemos leído en el *Economist*—haciéndose la reseña del volumen *Economic Aid to Underdeveloped Countries*—, una ayuda que se proponga poner diques al comunismo, o a procurarse posiciones de privilegio comercial, no tiene muchas probabilidades de éxito como ayuda eficaz, mientras que, de otra parte, resulta casi seguro que fracasará en su objetivo.

Línea de pensamiento que entronca con juicios insertos en los *Informes Rockefeller*: el objetivo de los Estados Unidos no debe ser intentar alinear a los nuevos países africanos en una Alianza militar o pedirles su compromiso a la causa occidental; lo que debe hacerse es ayudarles, por una comunidad de esfuerzos, en su avance por el camino de “la libertad política y económica”.

#### 4. Conclusión.

¡Tremebunda problemática! Ella—con sus multiformes aspectos—lanza imponentes desafíos a los formuladores de la proyección exterior norteamericana. ¡Firmeza, amistad, franqueza y rapidez! No exigen poco esas estremecedoras palabras registradas por Attwood...

Máxime cuando no todo el mundo se halla acorde con el trasfondo doctrinal del discurrir de Washington sobre el mundo africano. Por ejemplo, Oliveira Salazar, hablando—el 12 de agosto de 1963—sobre la política portuguesa de Ultramar, afirmaba lo siguiente: “La Administración americana ayuda con todo su poder a la constitución en toda Africa de Estados independientes correspondientes a las antiguas colonias o territorios integrados en las naciones europeas.” Pues bien; sentada esta idea, el gobernante lusitano añadía: “Bajo este aspecto, pueden considerarse como paralelas las políticas americana y soviética. Y el hecho de que los Estados Unidos pretendan ayudar a lo que se llama la emancipación de Africa, a fin de liberarla de la influencia rusa o comunista, no modifica en nada el fondo de las cosas. Que una Potencia parta del principio—invocado como un imperativo nacional—de dar la libertad a todos los hombres y a todos los pueblos, y que otra parta de su concepción de revolución mundial, la cual debe hacer la felicidad de los hombres, esto no cambia el carácter del hecho mismo: las dos naciones hacen una política idéntica. Aunque [sea], aparentemente, para fines diferentes. Mas hay una diferencia esencial: mientras la política rusa es coherente y lógica, la de los Estados Unidos contiene una grave contradicción. A saber: la política de los Estados Unidos, en lugar de ayudar a la defensa de Europa, tiende a provocar la disminución del potencial de los países europeos, sus aliados, en beneficio del potencial enemigo—es decir, comunista—.”

¿Perplejidad? ¿Asombro?

En fin, este cuadro argumental lo completaremos puntualizando que el jefe del Gobierno de Portugal se refería a la *competición en el espacio africano entre los grandes poderes mundiales*—U. S. A., U. R. S. S. y China—. Esta “conducirá—en el sentir del doctor Oliveira Salazar—a un entendimiento que antes se designaba bajo el nombre de *zonas de influencia* y que hoy puede tomar otro nombre”...

¡Tremenda temática la que se deduce de esos pensamientos lusitanos!

Una cosa es innegable: se impone que las naciones occidentales—Estados Unidos, Inglaterra, Europa Occidental—se pongan de acuerdo en la solución de sus problemas. Hay un punto clave: sus divergencias en Africa—como en otros sitios—no sirven más que para fomentar la *guerra fría*. Esta no depende de los comunistas, ha sostenido la citada Bárbara Ward. Depende de la situación en sí. Naturalmente, los comunistas la explotan, pero no la crean<sup>14</sup>...

Con tal complejo de explotación de problemas, ¡buen campo para la meditación y para la acción!

LEANDRO RUBIO GARCIA.

---

<sup>14</sup> Bárbara WARD: *Problèmes africains*, «Politique Etrangère», París, 1962, núm. 2, págs. 140-150 (para la cita, pág. 149).